

TIEMPO Y ESPACIO, naturaleza ó realidad del Sér Supremo.

El es del Espacio, es el es de todo es;—es así, que el Tiempo es esa es;—luego, el Tiempo es el Sér Supremo.

(CONTINUACION.)

Luego cualquiera pretension del orgulloso entendimiento humano para explicar la naturaleza de Dios con una definición precisa tropezará con el imposible. (1) Hay que contentarse con lo que el Señor para nuestro consuelo se ha dignado revelarnos de si mismo; y es un absurdo y un delirio osar penetrar en tan inaccesible santuario si la esplendente antorcha que la bondad divina ha puesto en manos del último fiel. (2) Véase sino A Lapide, lugar citado, como se explican, mejor se contradicen y devanan los sesos los más famosos patriarcas de la filosofía pagana acerca de la primera verdad. Pero teniendo en cuenta el autotelismo (3) del nuevo

(1) Qué error! Pues qué, en ciencias, en artes, en todo sabe acaso la sociedad de hoy todo lo que ha de llegar á saber la humanidad? Pues qué, ¿por qué antes de Newton todos hubieran desconocido las leyes de la atraccion que rigen el universo, Newton era un temerario en estudiar como descubririrlas? y Kepler y Laplace otros temerarios en perfeccionar el descubrimiento? Pues qué, ¿por qué antes de Colon nadie hubiera descubierto un nuevo mundo. Colon no debiera estudiar como descubrirlo? Pues qué, ¿por qué antes de Galileo, nadie hubiera descubierto que la Tierra se movia y giraba alrededor del sol, Galileo no debia afirmar tan inmensa verdad? Pues qué, ¿por qué hasta hoy toda la filosofía habida no haya comprendido la *inmovilidad* del Tiempo, la identidad del Espacio y el Tiempo, y la *superioridad* del es ó ser del Espacio (Tiempo) sobre todo *otro sér*, no hemos de proclamar esas verdades cuando están latentes ante nuestra razon y la de todos? ¿Hay, acaso, algun *Es* superior al *es* del Espacio (Tiempo)? ¿Es superior al *es* del Espacio (Tiempo) el Dios *ideal* ó Dios X de los catolicos? Imposible: nadie, nadie y nadie podria demostrar esa superioridad de sér.

(2) La fé ¿no es esto?—pues nosotros decimos con Mad. Stael que negar la razon para fundar la fé, es tanto como sacarle á uno los ojos para que vea mejor.»

(3) Ya pareció aquello. Hacia ya mucho que D. Ponciano *no respiraba por la herida*. La espada del autotelismo le habia entrado hasta los gabi-

filósofo, vamos á demostrarle ortológicamente lo absurdo de su malhadada teoria. (1)

¡Dios y el tiempo! Dios, Ser purísimo y actualísimo, eterno, inmutable, inmenso infinito por una necesidad absoluta y de esencia, ¿puede tener algun punto de identificacion con lo que es tiempo y lo que es esencial al tiempo? (2) No, y mil veces no: (3) hay imposibilidad metafisica, (4) hay imposibilidad absoluta, (5) hay una palmaria contradiccion: (6) luego es absurda la doctrina que tiende á identificar estas dos ideas, espiritualizando el tiempo y unificándole con Dios. (7) El tiempo

lanes, La palabrilla se le habia puesto entre ceja y ceja ¡Pobre señor! y pobres inteligencias las que se fijan en la más ó menos propiedad de tal ó cual término, ó en la falta de un acento ó de una coma!

(1) Vamos á ver quien va por lana y sale trasquilado.

(2) Si no sabia el buen pastor lo que es Dios ¿cómo lo queria identificar con lo que él creia que es *algo*? ¿Como identificar un sér *ideal* con un sér *real*? Para identificar á dos cosas hay que determinar sus respectivas esencias, es así que una era desconocida, luego la identificacion es absurda.

(3) Si, y mil veces si; puesto que el *Es* ó ser del Espacio (Tiempo), es el mismísimo Sér Supremo, — y no hubo, ni hay, ni habrá *es* ó *sér* superior á él porque es imposible, de toda imposibilidad, siquiera el concebirlo

(4) Admitimos que pudiera haberla para el buen obispo: por lo mismo, diremos con el poeta: mire al gigante quien nació gigante, calle y admire el que nació pequeño.

(5) Sino se demuestra esa imposibilidad, ignoramos cual sea. Nos admiran esas afirmaciones inocentes como el *porque si* de los niños. El que rebate un error, debe demostrarlo.

(6) Si se tratara de dos *séres* si, pero el *Es* del Espacio (Tiempo) es un solo y único sér, superior á todos, Sér Supremo en fin.

(7) Estas dos ideas! el dios incógnito ó el Dios X de los catolicos será una *idea*, nada más que una *idea*, y en esto convenimos con Hegel; pero el Tiempo ó el *es* del Espacio es una *realidad*, y no una mera forma del entendimiento como pensó Kan absurdamente. Respecto á la *espiritualizacion* que se nos dice que pretendemos hacer del Tiempo, es una aberracion tangible. Si el *es* del Espacio (Tiempo), como el mismo Espacio, *es espíritu puro* por si mismo ¿cómo hemos de pretender espiritualizarlo? Qué! acaso el *es* del Espacio (Tiempo) ¿es materia, por ventura?

no es un sér sustancial, (1) absoluto (2) ni simple, (3) ni mucho ménos; sino un accidente de los que los filósofos llaman relativos, creado por Dios en el principio de las cosas, (4) finito, (5) compuesto, (6) y mutable, (7) que determinando el movimiento de los séres materiales con relacion al primer móvil, marca con respecto á éste la duracion de aquellos, indicándola por siglos, años, meses, dias, horas, minutos, segundos, instantes etc.; cuya materializacion, mejor diriamos division, no es del hombre, como dice el Sr. Vicetto, sino de Dios que *divisit lucem à tenebris. Appellavit: que lucem Diem, et tenebras Noctem; factumque est vespere et mane dies unus... dies secundus... dies tertius... etc.*, como se lee en el sagrado libro del Génesis. (8)

(1) Es tan sustancial que es la sustancia de las sustancias: demuéstrese lo contrario, y demuéstrese así mismo que no es lo necesario de todo lo necesario, el continente, en fin, de todo otro continente.

(2) El espíritu puro Tiempo y Espacio, es el absoluto de los absolutos: demuéstrese igualmente lo contrario. Cuando no hay *es* ó *sér* que no sea en su *es* ó *sér* ¿no es el absoluto de los absolutos? Nada puede ser sin su sér, y él puede ser sin todo lo demás porque *es* por sí mismo.

(3) Tan simple, que es lo único que es *per se solo*, al paso que todo lo demás necesita de él.

(4) Creado por Dios!! lo real creado por lo ideal!! El *es* del Espacio (Tiempo) creado! Quién concibe eso!! Es preciso haber perdido el juicio para afirmar eso!

(5) Finito!! El *es* del Espacio (Tiempo) finito!! cuándo si hay algo que á la percepción se nos presente como infinito desaparece instantáneamente en la inteligencia *ante* el infinito purísimo del *es* del Espacio (Tiempo)!! ¿Cómo, de qué modo se puede concebir finito al *es* del Espacio (Tiempo)? Ah! nos acordamos de que haya quien pueda concebir al Espacio sin *es* sin *ser*, sin edad, sin Tiempo, siendo así que no hay espacio sin tiempo ni tiempo sin espacio.

(6) El *es* del Espacio (Tiempo) compuesto!! Vamos, ya fastidia tanto absurdo

(7) El *es* del Espacio (Tiempo) mutable! Qué horror! El Tiempo no tiene movimiento alguno. Todo entero en la inmensidad del Espacio como el espacio todo entero en la eternidad del Tiempo, es igual en sí mismo. El movimiento pertenece á la creacion, no al Creador. El movimiento es hijo de la fuerza, y la fuerza proviene de la materia: la creacion es la que se mueve en el Tiempo y el Espacio, no el Espacio ni el Tiempo en la creacion.

(8) Efectivamente: como los astros giran en el Tiempo y el Espacio y todo se mueve en ese espíritu puro, *inmóvil* y siempre perfectamente igual en todos los puntos é instantes de sí mismo, hemos materializado al Tiempo convencionalmente y lo hacemos cuantitativo ó rítmico (duracion):

Es más bien una pura idea, una abstraccion que forma nuestra mente en presencia de las cosas: está despojada de toda propiedad que no sea la de sucesion de estas en su manera más abstracta, es de suyo radicalmente estéril, sin ninguna condicion de ser ni de sér ni de accion; carece de existencia propia; (1) es compuesto de partes, lo pasado, lo presente y lo futuro, ó sea el instante anterior, el presente y el que viene en pós de éste. (2) Esta es la

de modo que, por el movimiento de los astros, medimos convencionalmente lo inmedible en horas, dias, años, etc.; y por ese movimiento decimos: fulano duró tantos años EN EL Tiempo y el Espacio, es decir, tal cosa *fué* ó *es* (duracion) tantos dias, ó años, ó siglos en el *es* del Espacio (Tiempo).— Para comprender aún mejor el absurdo de que el *es* del Espacio (Tiempo) es medible en absoluto, no hay más que figurarse—que eso se puede hacer sin gran tension del espíritu,—no hay más que figurarse los astros sin movimiento en el universo. ¿Qué resultaria? ¿Quién *medía* ó determinaba entonces esos dias, esos años y esos siglos?—Y sin embargo el *es* del Espacio (Tiempo) era el mismo que ahora, inmóvil y perfectamente sér! Volvemos á repetirlo: considerando á la creacion inmóvil, en el *es* inmóvil del Espacio (Tiempo) ¿cómo medir ó determinar entonces ese supremo *es* ó *sér*, que no dejaba de SER EL MISMO á pesar de la inmovilidad de la creacion? Meditad bien la diferencia que hay entre el tiempo y la duracion: el tiempo es infinito, la duracion finita: todo lo que es finito (duracion), es en el infinito del Tiempo. Lo propio sucede con el tiempo y la duracion que con el espacio y la extension: la duracion y la extension como cosas finitas son en el infinito del Tiempo y del Espacio, infinito de todo infinito, no el tiempo y el Espacio en el finito de la duracion y la extension: la duracion es lo único que mide el cronómetro en el *es* ó eternidad del Tiempo como la extension es lo único que mide el compás del geometra en la inmensidad del Espacio.

(1) Todo esto es krausismo puro, y por consiguiente error sobre error como dejamos demostrado.—Qué no tiene condicion de ser! Con que el *es* del Espacio (Tiempo) no es el *es de todo es*! Accion! si es inmaterial, si el Tiempo y el Espacio constituyen *espíritu puro* ¿cómo han de manifestar accion material alguna?

(2) Dos grandísimos errores habia que desvanecer en el estadio de la ciencia ó de la verdad absoluta. El de la inmovilidad de la Tierra, y el de la inmovilidad del *es* del Espacio (Tiempo). El primero ya lo desvaneció Galileo, demostrando que la Tierra giraba alrededor del sol: el segundo, es el que pretendemos demostrar. El Tiempo no tiene pasado, presente ni porvenir ó futuro. Siempre *es*, siempre *está presente* en el *es* del Espacio. Por efecto del movimiento de los astros (duracion) nosotros tenemos ayer, hoy y mañana; pero si los astros no se movieran, entonces nosotros no tendríamos ayer, hoy ni mañana, ó sea pasado, presente

naturaleza de esa entidad tiempo, tal cual la entendía el filósofo y con él su comentar y reformador Santo Tomás en el

y futuro: estaríamos en un *es* permanente en el *es* del Espacio (Tiempo), y como no había movimiento en la creación, todo cuanto *nos sucediera* nos sucedería en un *es* inmenso, y siempre inmensamente actual, que es el *es* inmenso del Espacio (Tiempo), Sér Supremo Dios!—Por efecto del movimiento de los astros (duración), el *es* del Espacio (Tiempo) nos parece divisible en partes, en pasado, presente y porvenir; en minutos, horas, días, años, siglos, etc., no siendo divisible en nada absolutamente el *es* permanente y actual del Espacio (Tiempo)—¿Es ó no independiente la creación del *es* del Espacio (Tiempo)? Enteramente. ¿Por qué toda la creación *es en el es* del Espacio (Tiempo), al paso que el *es* del Espacio (Tiempo) puede ser *por sí* sin la creación.

De manera, que el *es* del Espacio (Tiempo) es absolutamente íntegro, indivisible y actual, —sólo que por efecto del movimiento de los astros y en particular de la Tierra, á nosotros *nos parece* lo contrario;—y decimos *tiempo pasado* cuando no es el Tiempo el que pasa, sino nosotros *en él* y el Espacio. ¿Tiene el Espacio pasado, presente y porvenir? No.—Nosotros somos los que *pisamos* en él,—asi que el espacio de ayer, no es el de hoy, ni el de hoy el de mañana, pero siempre en sí es el mismo espacio íntegro, indivisible y actual como la eternidad de su *es*, el tiempo. Tan actual y tan permanente es para nosotros el Espacio como el Tiempo, porque como este espíritu puro es perfectamente igual en cada punto é instante de sí mismo, y como no tiene movilidad alguna perceptible para nosotros, siempre está en *presencialidad sempiterna* respecto á la creación. Por último, nadie podrá presentar una ubicuidad, una inmanencia, y una inviolabilidad *superior* á la del *es* del Espacio (Tiempo), y esto dirime toda cuestión.

Y si persistimos en esta nota, consiste en que el punto que esclarecemos en ella, es el caballo de batalla de nuestra teoría. Expliquémosnos aún más.

Es el Tiempo, el *es* en que es todo otro *es*; ó lo que es lo mismo, el *es* del Espacio.

Es el Tiempo, el *ser* en que es todo otro *ser*; ó lo que es lo mismo, el *ser* del Espacio.

Es el Tiempo, la *vida* en que es toda otra vida; ó lo que es lo mismo, la *vida* del Espacio.

Definido así el tiempo, bajo esta fórmula triple para su mejor percepción, se comprenderá fácilmente que nosotros entendemos por tiempo lo que no entiende la generalidad. ¿Y quien está en lo cierto? Nosotros ó la generalidad? Nosotros,—y eso es lo que tratamos de evidenciar.

El tiempo, para la generalidad, son los minutos, las horas, los años, los siglos; y esto no es tiempo, esto es *duración*: esto es el ser y movimiento *cuantitativo* ó *rítmico* de los astros, las personas y las cosas EN EL TIEMPO, no tiempo. Este instante ú esta hora que *somos nosotros* escribiendo esta nota, por ejemplo, es *duración* nuestra, existencia nuestra, ser nuestro *en la eternidad* (ó *presencialidad sempiterna*) del tiempo;—es exis-

lib. 4.º de los Físicos; (1) y ántes había dicho el Grande Agustín en su Epístola 1.ª ó 214, y en el citado libro de sus Confesiones cap. 14. *¿Qué es el tiempo? Cuestión es esta muy difícil: si nadie me lo pregunta lo sé. si quiero explicarlo al que me lo pregunta entonces no lo sé.* (2) Cicerón en el lib. 1.º de Invent. afirma que es en verdad generalmente difícil definir el tiempo. Si pues todo lo que es difícil de entender y explicar ha de identificarse con

tencia nuestra en la eterna existencia del *es* del Espacio (Tiempo); —es —er nuestro en el eterno ser del *es* del Espacio (Tiempo).

Compréndase bien nuestra afirmación: nuestro *es*, nuestro ser, nuestra vida, no es tiempo; es *es*, es ser, es vida EN EL TIEMPO, es de todo *es*, ser de todo ser, vida de toda vida. La *duración* de un florero de una flor, de un hombre es tiempo *convencional* y nada más que convencional EN LA eternidad del *verdadero* tiempo ó en el tiempo de la Eternidad, como queráis entender esto último. El tiempo de nuestra vida no es tiempo, es *duración* de nuestra vida *en el* tiempo. Nuestra vida y la vida de toda la creación, no es sino tiempo accidental ó convencional, ideológico ó figurado, EN EL tiempo científico ó verdadero, *es* del Espacio, Sér Supremo. La creación misma ó su *es* (existencia), no viene á ser sino un mero *accidente* EN LA *presencialidad sempiterna* del *es* del Espacio (Tiempo).

Demuéstrémos lo contrario la ciencia ó la teología, —y entonces no proclamaremos que el espíritu puro Tiempo y Espacio es el Sér Supremo, porque entonces no tendríamos criterio, razón al una que nos apoyase. Lo duradero y lo eterno son dos condiciones del tiempo: es tiempo duradero (convencionalmente) lo que se refiere á la creación (lo limitado); y es tiempo eterno (científicamente), lo que se refiere á lo increado (lo ilimitado) como el *es* del Espacio. Lo duradero *es en* lo eterno, al paso que el Tiempo eterno no es en lo duradero. Lo duradero no puede ser sin lo eterno, y lo eterno, que es por sí, puede ser sin lo duradero. Lo duradero es transitorio y finito, al paso que el tiempo eterno es infinito y absoluto. En el tiempo duradero hay *antes* y *después* al paso que en el tiempo eterno no cabe, ni es posible imaginarse, el *antes* ó *después*. Lo duradero es *tiempo inherente* á las personas y á las cosas—krausismo puro,—y lo eterno es el *es* del Espacio tiempo eterno, ser de todo ser, Divinidad por excelencia!

Para comprender mejor esta afirmación, no se olvide la gran verdad científica formulada por Newton: *no hay tiempo sin espacio, ni espacio sin tiempo.*

(1) Santo Tomás! magnífica autoridad para sacarnos de dudas en una cuestión científica en pleno siglo XIX, como si dijéramos San Crispín ó San Lesmes!

(2) Tómese en esa definición la voz Tiempo como sinónimo de la de Dios, y resultará una luminosa idea de la *imaterialidad* del Sér Supremo, al quererle definir materialmente.

Dios, como parece pretende el Sr. Vicetto, tendremos un Dios compuesto de tantas verdades, cuantas superan nuestra limitada inteligencia; y lo que es aún peor, sujeto á aumento ó disminucion, segun que estas se vayan haciendo más ó menos accesibles á nuestra pobre razon. (1)

B. VICETTO.

(Se continuará).

Δ GALICIA.

POEMA.

Fragmento del canto primero.

I.

Héla allí con sus vegas pintorescas
que se extienden al pié de sus colinas,
yorean sin cesar las áuras frescas
y fecundan las aguas cristalinas,
que vierten sus montañas gigantescas
coronadas de rocas y ruinas;
héla allí con su cielo refulgente,
con su mar azulado y trasparente.

II.

Su suelo feracísimo atesora
en sus frondosos valles y en sus cimas
cuantos el sol fecundador colora
frutos y flores en diversos climas.
Y ora bella, agradable, seductora,
ora agreste y selvática en sus simas
más sorprendente siempre ostenta ufana
rica vegetación verde y lozana.

III.

Quién fué su poblador nadie lo sabe:
pero allá de su historia en los albores,
ya se vé el pueblo de los celtas grave
de sus inmensos bosques moradores,
á cuya sombra misteriosa y suave
de un Dios omnipotente adoradores,
sus religiosos ritos ejercian
y el muerdago sagrado recogian.

IV.

Misterioso su fin cual fué su origen
despareció aquel pueblo de druidas;
más de las sábias leyes que le rigen
dejó profundas huellas esculpidas,
y de los templos que á su Dios erigen
aún blanquean las piedras carcomidas,
y las aras se ven de sus altares
en sus selvas y á orillas de los mares.

V.

Y tambien los intrépidos marinos
y audaces mercaderes de Fenicia,
al viento dan lo los fio'antes linos
á las playas llegaron de Galicia.

(1) El es del Espacio (Tiempo), cualquiera lo concibe si bien se resiste á explicarse por su *inmensidad* y *eternidad*, — y no es *ideal* alguno, sino un *ser* evidente, un ser sin que pueda tener otro *Ser* más *Supremo* en nada ni para nada.

De sus grandes riquezas adivinos,
con suaves medios y sutil pericia
á sus sencillos hijos halagaron
y colonias y templos elevaron

VI.

Sus costas saludaron nuevas gentes,
que en Galicia otra Grecia hallar esperan,
y fundaron ciudades florecientes
que en paz profunda crecen y prosperan,
y al contemplar los astros esplendentes
que en su limpido cielo reververan,
tal vez los campos fértiles helenos
y el dulce y pátrio hogar no echaron ménos.

VII.

Y como galardón de su hospedaje
Galicia recibió de estas naciones,
artes y ciencias, religion y trage,
leyes, comercio, industria tradiciones,
carácter, y creencias, y lenguaje,
inestimables y preciosos dones
que formaron un pueblo laborioso
de corazón sencillo y generoso.

VIII.

Un pueblo de costumbres patriarcales,
que miraba llevar indiferente
sus ricos preciosísimos metales
en extranjeras naves al Oriente:
ante Dios y la ley todos iguales
los hijos de aquel pueblo aun inocente
veneraban, unidos como hermanos,
la ciencia y la virtud de sus ancianos.

IX.

Más la tranquila paz en que vivía,
la calma de sus horas placenteras
pronto le arrebató la suerte impia
forjando del arado armas guerreras,
pues aciago y funesto brilló un día
en que miró llegar á sus riveras
y dominarlas con falaz halago
los osados marinos de Cartago.

X.

Y aquel pueblo sagaz y aventurero,
tan ansioso de gloria como de oro,
la mitad mercader, mitad guerrero,
en Galicia explotó doble tesoro,
pues al par del magnífico venero
de su su lo feraz, rica en decoro
una raza encontró sobre esta tierra
muelle y dulce en la paz, brava en la guerra.

XI.

Y animado tal vez con la esperanza
de convertirse en su tirano luégo,
el pueblo de Cartago hizo alianza
de eterna y santa paz con el gallego.
Y de este modo astutamente alcanza,
sustituyendo á la amenaza el ruego,
en pos llevar de su triunfante carro
á este pueblo leal, noble y bizarro.

XII.

Por eso cuando al fin rompió tremenda
la guerra cruel entre Cartago y Roma,
arrastrada Galicia en la contienda
su heroica juventud las armas toma,

y alegre emprende la gloriosa senda
con ardor impetuoso, que no doma
el hambre ni la sed, ni la fatiga,
ni el valor de la audaz hueste enemiga.

XIII.

Más sucumbió Cartago la africana
bajo el poder de la latina gente,
y entonces la república romana
se elevó sin rival omnipotente;
vencedora do quier, do quier tirana,
el mundo ante ella doblegó la frente;
solo Galicia heroica se levanta
á defender su independencia santa.

XIV.

Y dos siglos de luchas y de guerra,
dos siglos de reveses y victorias,
inuntaron de sangre nuestra tierra
que el laurel fundó de nuestras glorias.
De aquellos hechos el relato aterra,
que ofrecen las magníficas historias
del magnánimo pueblo á quien no doma
todo el poder de la invencible Roma.

XV.

Ni el tormento, ni el hambre, ni el destierro
arredran á sus fuertes ciudadanos;
que en vez de su oro le ofrecie ou hierro
á la ambicion voraz de los romanos.
Reducidos al fin á estrecho encierro
tras gloriosos esfuerzos sobrehumanos,
como libres morir determinaron
y el fúnebre banquete celebraron.

XVI.

Y luego encienden la fatal hoguera,
tumba do se lanzó con cuanto adora
aquella raza de héroes altan-
ra por no sufrir á Roma vencedora,
ofreciendo á la gente venidera
de un pueblo la hecatombe aterradora:
pueblo que de sí mismo fué verdugo
antes que someterse á extraño yugo.

XVII.

Así selló con sangre generosa
el santo horror que la pasión le inspira,
prefiriendo á una vida vergonzosa
de su martirio la abrasada pira.
De aquel fuego la llama esplendorosa
áun en sus hijos reflejar se mira,
pues legó su heroísmo por herencia
á su esforzada y noble descendencia.

JOSÉ PUENTE Y BRAÑAS.

1855.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

EL PUENTE DA.

II.

La calumnia.

Luégo que llegaron al castillo, y luégo que el
escudero dió órdenes á los mozos de las caballeri-

zas para que cuidáran con más esmero los magní-
ficos alazanes de su señor, cuya pasión á esta raza
rayaba en delirio, subió á su cámara pensativo y
cabizbajo

Al llegar á ella se detuvo antes de entrar como
si le asaltara un pensamiento funesto, y retrocedió
apresuradamente en dirección de la de D. Gutierre.

Hallabase solo D. Gutierre, y entretenido en
acariciar unos balcones que le acababa de regalar
el marqués de Mos; y tanto absorbía su atención
este distraimiento, que no advirtió la entrada de
su escudero ó no hizo alto en ello al menos.

Trascurrieron así unos minutos. El castellano
de Parga acariciando los alcones; el escudero inmó-
vil y silencioso á pocos pasos de él.

Por fin, Nuño Perez se acercó más á su señor,
haciéndole una reverencia profunda.

—Hola Nuño Perez; dijo el castellano: ya ha-
beis resado con doña Leonor, de acompañar á
mi señor padre?

—Ahora mismo, señor; en este instante acaba-
mos de llegar al castillo.

—Mucho camino habeis andado, pues ya lue-
go va á ponerse el sol, y salisteis á las diez.

—Mucho, D. Gutierre. La señora se empeñó en
acompañarle más allá de la encrucijada de Velote.
¿Quiere tanto á vuestro señor padre?

Y el escudero recaló estas palabras.

—¡Oh! sí, mucho; apoyó el señor feudal.

—¡Y le ha sido tan sensible la separación, se-
ñor! volvió á recalcar el escudero con siniestro
acento.

—Si se quieren bastante.

—Tanto, que parecen dos amantes.

A estas palabras del escudero, siempre con in-
tención y siniestro tono, el señor feudal de Parga
se enderezó en su asiento, y fijó en él sus pequeños
ojos con una vivacidad extraña.

—Dos amantes; repitió... En efecto, Nuño Pe-
rez, que parecen dos amantes, ¡ira de Dios!

—Siempre están juntos, y siempre hablándose
afectuosamente, señor.

—Si, sí, siempre juntos y siempre hablándose
afectuosamente, Nuño Perez.

Y el castellano se levantó del sillón al decir es-
to, y se acercó al escudero con lentitud y estrem-
cimientos.

Era que habia recibido ya la primera herida del
horroroso puñal de los celos que le asestara Nuño;
y como era tan impresionable tan débil y con tan
poca fé en todo, su cabeza empezaba á abrasarse
con el terrible fuego de aquella pasión desventu-
rada

—¡Siempre juntos y siempre amantes! volvió á
murmurar casi al oído de Nuño Perez.

Y despues, poseido aún de aquel vortigo terri-
ble que le asaltara á la primer sospecha del escu-
dero; pálido convulso y turbado, murmuró queda-
mente mirándolo con fijeza:

—¡Oh! sabeis Nuño Perez, que... que...

Y se detuvo como si le costara trabajo hablar.

—¿Qué, señor?... ¿qué ibais á decirme? exigió
el escudero respetuosamente.

—Iba á decirte, Nuño Perez, iba á decirte que
tal vez lo que anunciaste como una imagen, como
una idea, sea una realidad ..

Los ojos del escudero brillaron de alegría á estas palabras.

—¡Ah! señor, exclamó fingiendo una gran tristeza; yo no quería decir nada, nada... pero al fin el cariño que os tengo, el amor profundo y respetuoso que os profeso, me obliga á revelaros la mancha que nubla el esplendor de vuestro escudo.

Y cayó de rodillas á los piés de su señor.

—Alza, Nuño Perez, gritó don Gutierre; alízate y habla.

Y como si no pudiera sostenerse en pié por más tiempo, se dejó caer en su sillón y soltó los halcones que acariciaba momentos ántes.

Levantóse el escudero, y se acercó al sillón de su señor, fingiendo un pesar muy intenso al verse obligado á revelarle alguna desgracia.

—¡Habla, Nuño Perez; habla! gritó el señor feudal.

— Señor...!

—Habla por el cielo! Por muy terrible que sea la revelación que vas á hacerme, mi leal escudero, aún me sobran fuerzas y coraje para hundir á los que me infamen, fueren quienes quieran.

Y apretaba los dientes con furor, y sus puños cerrados convulsivamente los agitaba con desesperación desde su asiento.

— Señor, dijo el escudero; yo bien quisiera callar por más tiempo cuanto tengo que decir, por el inmenso dolor que os ocasionan mis palabras; pero la voz del deber es más sagrada para mí que la de la consideración; y hablaré, señor, hablaré porque así es preciso para que no padezca por más tiempo vuestra honra!

Y quedó silencioso por un instante.

—Adelante, Nuño Perez; adelante! gritó don Gutierre, mirando á todas partes con los ojos espantados como si le persiguieran mil sombras ó mil espectros ensangrentados.

— Señor, prosiguió el vil escudero, lo que para vos es una sospecha, es una realidad para todos.

—Nuño Perez!

—Sí, mi señor; vuestra esposa y vuestro padre se aman más de lo que conviene á su parentesco...

—Nuño! Nuño Perez!

—Sí, señor; se aman más de lo que conviene á su parentesco; se aman, se aman mucho y no pueden estar el uno sin el otro porque os venden...!

—Nuño! Nuño Perez! volvió aún á gritar por tercera vez el señor feudal.

Y se levantó de su asiento rápidamente, con los ojos inyectados de sangre y las manos plegadas sobre el pecho como si no pudiera con el peso de aquella revelación horrorosa.

— Señor, contestó el miserable calumniador; yo no sentiría esta acusación si no estuviera bien seguro de ello. Yo los vi... besarse en la cámara de vuestro padre, y abrazarse en la encrucijada de Velote; pero besarse y abrazarse con más amor, con más interés que cuando vos la besais y la abrazais, ó ella os besa y os abraza. Por otra parte, señor, no hay con que comparar la ternura de las palabras de doña Leonor, cuando habla con vuestro padre. El es más prudente siempre, y sabe disimular me-

por la pasión detestable que le obliga á mancillar la honra de su hijo. Pero si bien él es más prudente, también ella es la más infame.

— ¡Oh! exclamó el castellano llevándose las manos á la frente con dolorosa angustia.

Y se puso á pasear á grandes pasos por el centro de la cámara.

Era el momento en que el sol se hundía tras de las montañas de la Coba da Serpa, y sus obliquos rayos, penetrando por la ventana débilmente, bañaban de un claro-oscuro sumamente triste aquella habitación en cuyo fondo se dibujaban las dos figuras que sostenían la escena, ambas calladas y silenciosas.

En aquellos tiempos una acusación cualquiera sembraba el terror en una familia. Muy poco se cuidaban de las pruebas; la calumnia triunfaba siempre, porque más exalta los hombres en sus pasiones, no calculaban. Obraban más bien con el corazón que con la cabeza. Todo en ellos era hijo del sentimiento. Así que, los primeros momentos de una revelación como la que constituye este cuadro dramático, eran momentos terribles para las víctimas que se denunciaban al furor del ultrajado.

(Se continuará).

BENITO VICETTO.

PRISMAS.

Abrian los capullos de las rosas,
gemian los suspiros de las auras,
rebotaba en mi pecho la alegría;
yo reía y cantaba.

Y tornaron los cielos transparentes
tornó de los perfumes la embriaguez...
yo no cantaba ya; ya no reía;
pero sentí y lloré

Hoy de nuevo en mis sienas doloridas
de brisas y de flores sentí el beso;
olvidara el reír, llorar no pude
y... tengo miedo!

CLARA CORRAL.

Santiago—1874.

GALICIA PINTORESCA.

LAS TORRES DE OESTE.

En la confluencia de las tranquilas aguas del río Ulla con las impetuosas olas de la ría de Arosa, se levantan las paredes desmanteladas de una antigua fortaleza. Son las torres de Oeste, palacio señorial y lóbrega prisión de los prelados de Santiago. Son los escombros de un monumento que aún permanece en pié como el símbolo secular de la jurisdicción temporal de la mitra compostelana. Sus engrietadas paredes y sus muros desportillados no justifican una apreciación arqueológica. Sobre los cimientos elevados por el desmoronamiento de las cimbrias y cornisas, se ha construido una ermita como el huésped venerable de la soledad. El viajero no encuentra en este monumento la inscripción del fundador ni el relieve

del artista: altos paredones cubiertos de yedra y mellados por huecos impracticables donde anida el marino y descansa al mediodía la paloma silvestre, explican las proporciones colorales de este lindero arquitectónico de una jurisdicción. Entonces no se construían faros: se fabricaban *atalayas*. No era avisado el navegante de los peligros de la costa cantábrica, se lo advertían los portazos de concepción monárquica. El comercio marítimo estaba comprimido por los señoríos de mar y tierra.

El viajero que atraca su barca vacilante á las orillas pedregosas de las torres de Oeste, escalando la eminencia de este monumento como trepa el cazador una montaña rebuscando los criaderos de conejos, reconoce en una peña que adelanta sus cristalizaciones hacia las aguas azotadas de la risa, el engaste de la cadena de hierro que cerraba el paso a las embarcaciones de transporte durante los tiempos bonancibles de la paz, ó las carabelas aventureras en los días indecisos de la invasión normanda ó musulmic.

Las torres de Oeste son las únicas páginas arquitectónicas que se conservan de la jurisdicción temporal de la mitra de Santiago. Los castillos almenados, los palacios señoriales y las murallas dentadas han venido al suelo impelidas por el turbión de los siglos. La historia ya reemplaza á la arqueología. El anticuario busca en los archivos la explicación de las ruinas. Las torres de Oeste también pertenecen á los códices manuscritos y crónicas impresas.

Busquemos en la retirada biblioteca del erudito la historia de esta remota fortaleza.

Las irrupciones de los normandos (1) y árabes (2) que saltaban en tierra en las desiertas playas cantábricas, ó subían á las *montañas de los valles* (3) desde la frontera de Leon, talaban los campos, y demolían los monumentos como conquistadores de un dogma reprobado. La guerra sostenida por la integridad provincial representaba el amparo de una ciudad y la defensa de un sepulcro. Los normandos y los árabes habían profanado la catedral de Santiago: la religión, que era entonces la nacionalidad, levantó en las gargantas de las sierras y en las embocaduras de los ríos robustas fortalezas y palacios almenados. Las eminencias aisladas en medio de los valles, las agrestes sierras acumuladas en las vertientes de las montañas, y las dilatadas llanuras, cuyos árboles movidos por el viento imitaban el lejano murmullo de un ejército acampado, habían abierto sus cañeras para levantar las *torres señoriales*.

El sacerdote y el caballero levantaron á la vez esa línea de defensa irregular, simultánea y discrecional. Los privilegios y las cédulas no hicieron más que rectificar estas adquisiciones de la guerra. Habían salvado la integridad de la región, habían rechazado la invasión extranjera: de esta suerte robustecían el trono, que había comenzado á ser una gloria militar, sobre el pavés donde se presentó Pelayo delante de los españoles marciales y aguerridos de Covadonga.

A esta época pertenece la fábrica de las torres de Oeste. Son la obra del sacerdote, cómo las torres de Altamira, Castroverde, Mesía, La Barrera y otras levantadas dentro y fuera de Galicia, pertenecen al caballero. Origen de concesiones reales ó consolidación de privilegios señoriales, representan un mismo principio: la integridad del culto de la monarquía y del país. *Mi Dios, mi rey y mi dama* reasumen el espíritu caballeresco de estos remotos tiempos. Entonces el espíritu caballeresco era el espíritu público. Los caballeros decían *mi dama* en lugar de *mi fami-*

lia: revelaban el *sentimiento íntimo* bajo las formas puras y suaves de la esquisita *galantería*.

Las torres de Oeste fueron contruidas por los obispos de Santiago. La *Historia Compostelana*, lib. I, cap. II, al consignar la muerte de don Crescario ó Cresconio en la era ICVI, año 1068 de J. C., dentro de esta antigua fortaleza, establece su fundación en las palabras siguientes: «Castellum Honesti quod ad defensionem christianitatis construxerat (1).» La cronología inédita de los prelados compostelanos refiere la continuación de las torres de Oeste por don Diego Pelaez, sucesor de don Cresconio, de 1069 á 1079. «Fué elevado á la dignidad episcopal, asegura el mencionado manuscrito, por el rey don Sancho II. Continuó la obra de las torres de Oeste ó castillo Honesto, y empezó la nueva fábrica de su iglesia catedral.»

En el siglo XI se reforzaron los muros y se elevaron los cubos de esta fortaleza, levantada para la defensa de la antigua jurisdicción de Quinta y Cordeiro. El arzobispo Gelmirez, que no había apartado su previsora mirada de las invasiones assoladoras de Almanzor y Mohamad, vigoroso para enanchar la unidad religiosa, enérgico para neutralizar la preponderancia nobiliaria, lo que equivale á decir, la reponderancia militar; ávido de robustecer los miembros entumecidos de la jurisdicción temporal, fatuoso en la privanza, decisivo en el peligro, sereno en las revueltas, *político de resistencia*, al decir contemporáneo, restauró las torres de Oeste como el sello rodado del antiguo cartulario que llevaba el nombre de Galicia desde los tiempos primitivos de los celtas. La *Historia Compostelana* describe las reconstrucciones hechas en esta fortaleza de 1108 á 1120, no sólo con la arrogante grandilocuencia de las crónicas oficiales, sino también con la ingenua apreciación de las miras elevadas del prelado compostelano. «De propis facultatibus son sus palabras testuales—sic castrum Honesti murorum adificatio, propugnaculis et turrium altitudine munivit, quod si forte tam Moabitæ quam Ismaelicæ se aliunde quoque modo ad id castrum applicarent, aut lapidibus et acutis sudibus desuper jactus abruerentur, aut á militibus qui ibi sub tranquillitatis custodia permanerent, captivis aut mortis periculo proculdubio urgerentur (2).»—Mas adelante añade: «Ex præcepto manique regis Ispani rustici á *Friacæstell* usque ad Oceanum mare convenibat ad ædificandi muros Castellum nomem *Honesti*, qui sine calcis llimento constructi es minutis lapidibus interpositis ruinam assidue minabatur: verebantur nimirum Ispani ne Anglici vel Normavigenæ sive aliæ barbaræ gentes es hac parte navigio Galæcian aggredierentur. Quippe Honestum quasi quædam clavis atque sigillum est Galæciæ: quod si exteræ gentes hunc locum sibi præriperent, mutilatione ibidem composita Galæcian invaderi atque depopulari præmanibus haberent (3).»

A los esfuerzos previsores del arzobispo Gelmirez sucedieron las concesiones reales: equivalían á una recompensa. La jurisdicción temporal correspondía al sostenedor de la integridad religiosa y de la preponderancia monárquica. Los reyes de Castilla y Leon concedieron á la mitra compostelana el portazgo de los ríos Ulla y Miño. Las torres de Oeste pasaron de fortaleza provincial á señorio privado. Era el palacio de la mitra compostelana: el *Castillo Honesto* donde el sacerdote alojaba los devaneos del ca-

(1) Edición del P. Florez, Esp. sag., tom. XX, página 15.

(2) Lib. I, cap. XXXIV, pág. 74.—Edición del Padre Florez.

(3) Lib. II, Cap. XXIII, pág. 305.—Edición del P. Florez.

(1) De 659 á 698 y de 1039 á 1098

(2) De 685 á 685, y en 1004.

(3) En lenguaje oriental equivalía á «Galicia».

ballero. No solo defendían una posición estratégica, sino también una imposición privilegiada. La cadena de hierro que cerraba la embocadura del río Ulla en la ría de Arosa, señalaba un feudo civil reconocido por el comercio marítimo.

Las vicisitudes señoriales acaecidas desde el siglo XI hasta el XV concentraron en el Estado los privilegios nobiliarios y las temporalidades eclesiásticas. A los portezgos sucedieron *matriculas de mar*. El comercio marítimo se agrupó por medio de los gremios, absorbiendo las prerrogativas parciales en beneficio de la uni ad monárquica.

Desde esta época las torres de Oeste perdieron su representación señorial, depositando bajo sus bóvedas los deshechos pedruzcos de su cadena, y cegando sus prolongados fosos, ya inútiles para la defensa sostenida contra las agresiones de los conquistadores.

La ciencia militar se había adelantado á sus barreras: la unidad monárquica había inutilizado su privilegio temporal. Eran ya inútiles: sólo alcanzaban á ser una comprobación monumental de la historia política y civil de la edad media española. Conservaban la articulación de una época romana, prostrada por falta de sangre vivificadora. Eran el esqueleto, no el ser viviente del siglo XII. El espíritu había desaparecido: en las cuencas de sus muros ya no se reconocía la mirada imponente del guerrero.

A la par lisis sucedió la muerte. Llegaron las ruinas y los escombros.

Las torres de Oeste son en nuestros días un monumento amortajado por los siglos. A la caída de la tarde, cuando el sol multiplica sus rayos tibios y me lanzó lejos en las revueltas olas del mar, se asemejan á un inmenso sepulcro mal enterrado en las solitarias playas del océano. La piedad cristiana colocó una cruz sobre esta tumba: construyó una capilla. La religión ha completado la alegoría.

Para el infeliz hay la plegaria de las generaciones venideras: de pues de un naufragio, las ruinas nos del marinero atan los dos pedruzcos de un remo abandonado, en forma de cruz, y lo clavan entre las mugosas peñas de la costa.

Para este sepulcro monumental del siglo XII, la religión levantó una cruz de piedra.

Volvemos á decirlo: la piedad cristiana completó la alegoría representada por las torres de Oeste.

Y por último: algunos historiadores antiguos y arqueólogos modernos hacen remontar el origen de este monumento á la dominación romana en Galicia. La localidad que ocupaban las *Aras sextianas* erigidas por el pretor romano Sexto Apuleo en honor de Augusto (año 727 de la fundación de Roma) origina diversas y encontradas opiniones entre los escritores. Plinio coloca este monumento cerca del río Tambre (Galicia): *Superque Tamarici quorum in peninsula tres aras sextianae*—Pomponio Mela menciona torre dedicada al pacificador del mundo á la confluencia del río Ulla y Sar (Galicia): *Sars juxta turrim Augusti titulo memorabilem*; y fija en Asturias las *Aras Sextianas Vereae y Aguiar* (*Hist. de Galicia*), cree que las torres de Oeste, ó Este, como vulgarmente se dice, son las mismas *Aras Sextianas*, y que la mencionada por Pomponio Mela es la celebrada torre de Hércules de la Coruña—Hé aquí las palabras textuales de este laborioso escritor (*Investig. IX, págs. 175 y 176*): «Justamente á la misma orilla de la ría que va de Padron al Carril, y en una península á la que se pasa desde el continente por una calzada, se conservan aún los restos de tres monumentos, distantes entre sí pocos pasos, á los que se les da en el país el nombre de torres de Oeste. ¿Quién no vé aquí una equivocación de Mela, confundiendo las relaciones que le habian dado, y una

señal cierta de que la torre de Hércules existía mucho antes que Trajano, por el dictado que le da Augusto? Las *Aras sextianas* no pudieron ser otras que dichas torres de Oeste desfiguradas; ya porque Mela las pone en una península y sólo se equivoca en el número, llevando allí la dicha torre de Hércules; ya porque Plinio terminantemente las da en Galicia en los Tamaricos, que estaban tan inmediatos al río Sar; ya por el nombre de Oeste que aún les dan, y que parece el mismo de Sexto ó su eco, sólo desgastado del tiempo, como el material y la forma de una medalla antigua.»

Nosotros aceptamos la dilucidación histórica arqueológica de esa edad del arte, que nos permitiremos llamar primitiva, para las construcciones sucesivas que utilizaron cuando más las localidades populares ó ventajosas, ya para dar mayor prestigio á las obras públicas, ya para borrar completamente, y esta posición nos parece la más valedera, las edificaciones mitológicas del imperio griego y romano. El verdadero origen de la fortaleza de los arzobispos de Santiago en la ría de Padron á Carril pertenece al siglo XI. La etimología de *Sexto* por *Este* ó *Oeste*, sino es arbitraria tampoco tiene en cuenta la posición cardinal de las torres que llevan este nombre.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Diciembre 20 de 1851.

Á ROSA.

¿Las pruebas de mi amor?

¿No están mis ojos,

cada vez que te miran,

revelando del alma los antojos?

¿No escriben sus miradas

al absorber las tuyas, mis amores?

¿No te dicen, mi bien, tantos temores

las penas con mis dudas enlazadas?

¿Nada te dice el lánguido suspiro

que se escapa á mi pecho, delirante,

cuando en tus ojos miro

tornarse un punto la mirada amante?

¿Pruebas de amor?

El plácido rocío

que viste en la mañana de colores

su flor enamorada,

sólo prueba sus candidos amores

brillando en la corola nacarada.

El sol que al mar adora,

rompiendo los celajes y las brumas,

de su viva pasión abrasadora

pruebas brinda á la mar murmuradora

besando con sus rayos las espumas.

Siento en mi corazón, de amor el fuego

y en vano para ti quiero explicarlo:

¿Puede probar el ciego

que ama la luz del sol? ¿Puede probarlo?

¿Qué quieres, alma mía?

Si mis ojos,

nada te dicen al buscar los tuyos,

nada merecen á tus labios rojos;

ven á mi corazón, que en él existe

tu nombre idolatrado,

porque allí, para siempre, le esculpiste

con tu dulce mirar enamorado.

V. NOVO Y GARCIA.

Madrid 14 de agosto de 1874.

ESPÍRITU GALAICO.

EXPRESION

del sentimiento literario y patriótico de Galicia, cuando no lo bastardean influencias ó pasiones malévolas.

Sr. D. Benito Vicetto.

Muy señor mio y paisano: Felicito a V., aunque algo tarde, por su buen pensamiento al fundar la *Revista Galaica*, y á la vez le felicito también por todos sus trabajos literarios que, si revelan una buena imaginación, revelan igualmente en cada letra y en cada página un amor constante á este país tan hermoso como digno de mejor suerte.

Recuerdo, hace años, un día de primavera en Madrid, que un amigo mio acompañándome á dar un paseo desde la Puerta del Sol á la Fuente Castellana, me dijo al verme á V. pasar por la calle de Alcalá: «ahí vá Vicetto; ese es un buen gallego.» Yo no tenía el honor de conocer á V., ni de vista siquiera; tampoco había leído ninguna de sus obras y lo sentía en aquel momento; pero me gustó desde luego oír hablar bien de un paisano mio á un hijo de Castilla, tan noble como ilustrado. Más tarde he tenido el gusto de leer algunas de sus poesías y algunas de sus novelas, y he podido juzgar por mí mismo con arreglo á mi pobre saber y entender, del mérito de sus producciones, viendo que con justicia había V. conseguido un nombre envidiable en la república de las letras, y un gran concepto para todos aquellos que aman de corazón á nuestra olvidada Galicia.

He pretendido siempre vivir en el país que me acuerda nacer, no sólo por natural cariño á mi querida familia, sino también por amor inexplicable á Galicia. ¡Cuánto diera yo por expresar en buenos períodos, como V. sabe hacerlo, esta pasión que domina á los hijos de estas montañas y de estos valles!

No soy poeta, ni filósofo, ni escritor, ni hombre científico; sólo he aprendido algo elemental en matemáticas, y la aridez de mis estudios dista bastante de los campos floridos de la retórica. Sin embargo, me atrevería á explicar á V. como yo siento este amor á la tierra galaica, sin más frases escogidas ni más períodos armoniosos que los que resultan de un sentimiento espontáneo y de una inteligencia ruda, pero exacta como un teorema que se demuestra ó como un axioma que no necesita ser demostrado.

Desde luego aseguro á V. que mi pasión por Galicia no es ningun afecto nimio, pequeño, ni mucho ménos interesado. Es un amor puro, fiel y constante á todas las impresiones y á todos los recuerdos de mis primeros años, sin que por eso tenga mi corazón completamente ligado á aquel hermoso rincón de tierra que llamo Valle de Lorenzana donde he nacido. Al contrario, soy bastante cosmopolita y digo como muchos sabios, que para el hombre todo el mundo es patria, en el mismo sentido de aquella sentencia del catolicismo que para el religioso todo el mundo es destierro.

Pero mi cosmopolitismo no me ciega hasta el punto de no ver lo que debo á mi patria como español, y lo que debo á mi país como gallego.

Permitame V., Sr. Vicetto, aunque le sea algo molesto, que yo trascriba aquí un pequeño trozo de un librito que espero dar á luz y en el que explico como entiendo esta mágica palabra «patria» que sirve hoy desgraciadamente en nuestra España querida de lema para una bandera de guerra civil que nos deshonorá, que nos empobrece y que nos aniquila.

«La patria es la tierra que á fuerza de trabajo y de constancia fué cultivada por nuestros ascendientes, con valor y con heroísmo defendida, con sangre y con lágrimas regada, formando una nación con su gobierno propio dictando leyes sábias acomodadas á las épocas y á los derechos naturales del hombre. La patria es el suelo donde están depositados los restos de nuestros abuelos, donde se depositan las cenizas de nuestros padres, donde han de consumirse nuestros huesos y los huesos de nuestros hijos; donde nacen y mueren nuestras ilusiones y nuestras esperanzas. La patria es también el azul del cielo que limita nuestras aspiraciones, que embellece nuestra vida, que alegra nuestros corazones: es el aire puro que respiramos tal como existe en el espacio; es la brisa de los mares con sus olas imponentes y magestuosas; es el mismo rocío de la noche sostenido algunas horas despues de rayar el alva en los campos, en las praderas, en los jardines, en las plantas, en los árboles y en las flores que perfuman nuestro ambiente: es el canto de las aves que se anidan en nuestros bosques y nos embelesan con sus voces armoniosas y divinas; son los arroyos y los rios marchando al mar donde se originan las nubes, devolviéndonos el agua cristalina á las montañas elevadas y á los frondosos valles; son las tempestades que se forman en la atmósfera convidándonos á la meditación profunda y á la contemplación de un Dios infinito y grande. La patria es también el lenguaje que aprendemos en la cuna y en el regazo de nuestras madres que lloran llenas de ansiedad y de cuidados por nuestro bien; es el cariño de nuestros hijos, de nuestros hermanos y de nuestros amigos; son las ideas que nacen en nuestra inteligencia, nuestra lengua que las pronuncia, nuestra pluma que las fija en el papel, nuestra imprenta que las extiende en el espacio.»

«La palabra, en fin, grabada en nuestra alma con todas sus letras, que pronunciamos de niños y que conservamos siempre como un tesoro hasta el último instante, esta gran palabra que encierra un mundo de ideas y que se lava con sangre de nuestras venas, y con lágrimas de nuestras madres; es la «patria», síntesis de todo lo que constituye la honra, la dignidad, el amor y la virtud del ciudadano, su propia existencia con todas sus necesidades, incertidumbres, satisfacciones, temores, angustias, penas y placeres.»

«España, la noble y generosa nación española, es la patria de Viriato y de Pelayo, del Cid Campeador y de Guzman el Bueno, de Hernán Cortés y de Pizarro, de Cervantes y Lope de Vega, de Mariana y de Feijóo, de Fr. Luis de Leon y Fr. Luis de Granada, de Santa Teresa y Maria de Agreda, de Ulloa y de Jorge Juan, de Balmes y Castelar, de Quintana y de Espronceda.»

«España con su valor, admiró al mundo, y con su ciencia y con su fé extendió su poderio hasta donde el astro del día pudo herir con sus rayos de luz los objetos, y allí donde esta luz ha tenido alcance para guiar á nuestros héroes en sus conquistas, y á nuestros sábios en sus gloriosos descubrimientos, allí se ha repetido la voz de esta patria que, si hoy es desgraciada por sus luchas intestinas entre clericales y liberales, será siempre grande por su historia y por su génio.»

«¡Oh patria querida! Soy uno de tus hijos, el último y el más oscuro de todos, y mi único anhelo es considerarte feliz con tu honrada independencia. Nuestras fatales discordias, y nuestras continuas guerras interiores te llenan de pesadumbre y desconsuelo; nuestras grandes equivocaciones y nues-

«Tros craso e errores anublaron tu risueño semblante; nuestras pequeñas miserias y nuestras mezquinas intrigas rebajan tu noble carácter y tu elevada dignidad. Pero no desesperes de tus hijos, patria mía! que te aclaman con ardor en sus campos de batalla y obcecados en una idea, luchan abrazándose, como un hijo moribundo y cariñoso abraza á su madre afligida que ahoga en lágrimas sus penas y sus congojas.»

«Cuando la luz de la razón y de la verdad haga desaparecer las sombras que oscurecen nuestra oscurada inteligencia, sabremos entonces por patrial recomponer tu perdida grandeza por medio de la libertad supeditada á la justicia, con la prudencia que se adquiere en la desgracia, con la ilustración que se necesita en todas las grandes reformas, con el orden indispensable en toda sociedad, y con la paz que yo pido á Dios, con la fé de mi alma, para que esta España de mi corazón, renazca potente de sus propias cenizas, haciendo verdadero el apólogo del fénix, y con la tranquilidad de su conciencia, y con la virtud de sus más ilustres hijos, camine sin vacilaciones y sin obstáculos, respetada y próspera en el campo del progreso, acompañada siempre de la sabiduría para que no se extravíe ni se pierda en el espacio inmenso del porvenir.»

«Así podremos adquirir la debida consideración ante los pueblos civilizados que, si hoy tienen el deber de respetar nuestra decadencia y empobrecimiento, cuando la ingratitude no es la recompensa á antiguos méritos y no pequeños sacrificios, mañana, con las fuerzas poderosas de una nación regeneradora, tan grande en la adversidad de nuestros días, podremos igualmente despreciar con propia altivez de raza abusos de la fuerza contra el derecho, exigencias hechas á nuestra debilidad actual, injurias á nuestro nacional decoro y fuego á nuestras desgraciadas luchas civiles.»

Si esta es la idea que yo tengo formada de España, mi noble patria, claro es que la mayor parte de esta pintura corresponde á Galicia, mi amado país.

Hallo entre mis papeles copia de una carta que he escrito desde Castellón de la Plana á uno de mis buenos amigos que conocí en Aragón, al regresar á Galicia el año 69 y que remito á V. tan sólo como una prueba de la satisfacción que sentía al volver á mi país natal. De aquel viaje, que entonces hice felizmente en ferro-carril hasta Brañuelas, mucho tenía que referirle; pero sólo completaré mi itinerario. Continué mi camino en coche hasta Ponferrada, y desde esta villa monté á caballo y seguí las márgenes del Sil que arrastra el oro en sus arenas, de ese río que V. sabe cantar tan bien; atravesé las famosas Médulas, el rico y hermosísimo valle de Valdeorras, el célebre monte Furado, descansando luego en el hermosísimo y frondoso valle de Quiroga, donde había residido tres años consecutivos, desde el 61, y conocido á la mujer más buena y más bella que he podido conocer en mi vida, un ángel que Dios me ha llevado al cielo, y cuyo recuerdo me hace siempre verter lágrimas que salen del alma y empañan mis ojos... Pero ¿á qué conduce aquí esta triste memoria mía? ¿Qué le importa á V. y qué importa al mundo este recuerdo?

Dispénsame V., Sr. Vicetto, si soy pesado con esta carta. Sólo quiero demostrar á V. mi sincero afecto, y decirle que yo también siento algo por Galicia, que yo también me conceptúo ser un gallego agradecido, amante de las tradiciones de mi país, y admirador de sus hijos más ilustres por su talento y por su génio.

Del 64 al 66, y del 69 hasta la fecha, he recorrido las cuatro provincias gallegas, y su «Historia de

Galicia» hizo mis viajes más amenos y más instructivos. No podré decir con Chateaubriand: «Mi nombre está escrito en la cabaña del salvaje de la Florida y sacabo de estamparlo en el libro del ermitaño del Vesubio.» Pero podré decir que está escrito en el álbum de nuestra antiquísima torre de Hércules y en el muro más alto del Miguelete de Valencia, y más aún, en el palacio de Oriente de Madrid y en la cabaña de un pobre aldeano de Galicia. Y podré preguntar también como este grande hombre de la Francia: «¿Cuándo depositaré á la puerta de mis padres el báculo y la capa del viajero?»

Esto me recuerda unos renglones que he escrito en una carta háce tiempo, á una buena amiga y paisana nuestra, por cierto muy ilustrada, y cuya copia acompaño adjunta para que pueda V. formarse una pobre idea, de quien tiene, como yo, tantas y tan buenas de su talento y de su inspiración en la poesía.

Ahora resido en este espacioso valle de Lemos, teatro de sus «Hidalgos de Monforte», en donde no puedo por menos de recordar la hermosa y dulce figura de Ildara de Courel, segun dice bellisimamente el Sr. Murguía, esa creación delicada y angelical parecida á una balada alemana, esa flotante maga, esa paloma solitaria, hija querida del corazón y de la inteligencia del Sr. Vicetto. Con frecuencia visito las ruinas de este palacio de los poderosos condes de Lemos, tan memorable en nuestra historia de la edad media, y si otro día me es posible y á V. no le molesta mi correspondencia, tal vez escriba algo de mis paseos y de mis impresiones desde la altura de San Vicente que domina al valle y en donde se eleva el soberbio castillo en cuyas almenas abandonadas nace hoy la yerba y las águilas hacen sus nidos. ¡Quién mediera la pluma y el génio de algun filósofo, cuyas obras me admiran, para escribir á V. una Meditación sobre estas ruinas.

Y aquí hubiera concluido, Sr. Vicetto, esta epístola demasiado larga ya y pesada, á no haber leído en el último número que llegó á mis manos de su *Revista Galaica* la semblanza de nuestro malogrado y grande hombre D. Casto Mendez Nuñez, escrita por la pluma bien cortada del Sr. Vesteiro y Torres.

Cuando regresó á España este héroe del Callao, estaba yo en la capital de Teruel, pueblo también de valientes y de héroes, como lo acreditan ahora una vez más con su valerosa y heroica resistencia ante las fuerzas clericales, y entonces tenía yo la honra de pertenecer á la redacción de *El Centinela de Aragón*, periódico que se publicaba diariamente en aquella localidad. Uno de mis respetables compañeros de aquella redacción era el veterano, inteligente y probo D. Victor Pruneda, ex-diputado constituyente del 69 y hace pocos meses gobernador que fué de Zaragoza, hijo del Ferrol, eminente republicano que honra á Galicia con su conducta intachable y con su brillante historia, y al saber este buen gallego la renuncia que había hecho nuestro ilustre compatriota del grado inmediato que el gobierno le concedía en su gloriosa carrera de marino, me dijo: «*El Centinela* debe llamar la atención de sus lectores por este hecho tan poco comun en España, y propio de un hombre recto y digno como nuestro ilustre paisano Mendez Nuñez.»

Al encargarme yo de cumplir el deseo del señor Pruneda, que era también el mio, en el poco espacio de que podíamos disponer, sólo sentía que mi pluma fuese tan débil y tan desautorizada para ocuparse de una renuncia que á tanta altura colocaba á un ciudadano como Mendez Nuñez.

Es adjunto el pequeño artículo de que trato, no porque este hecho llegue á pasar desapercibido al ilustrado Sr. Vesteiro Torres, sino al contrario para

demonstrarle con cuanta satisfaccion leo á grandes rasgos la historia de nuestro valiente y malogrado marino.

En la playa de Guipar, ría de Vigo, he recordado á Mendez Nuñez. En la hermosa iglesia de la Pasto- riza en Pontevedra he llevado á mi frente una gota de agua bendita depositada en una magnífica concha del mar regalada á la Virgen por Mendez Nuñez. ¡Qué su memoria sea eterna en el corazón de todo buen gallego!

Le saluda su affmo. y S. S.,

José M. HERMIDA.

Monforte 14 de agosto de 1874.

LA GUERRA°

BALADA.

—¿No escuchas, madre, un rumor que se pierde en el vacío,
y hace que tiemble de horror,
entre sus hojas, la flor,
entre sus ondas, el río?

—Si, niña; un rumor que aterra.
—¡Ay! madre, ¿y qué viene á ser que se estremece la tierra?
—Hija, el rumor de la guerra todo lo hace estremecer.

—¡El cielo está negro y triste como yo nunca lo ví!
—Si tú nunca así lo viste, es que el cielo se resiste ya, á ver lo que pasa aquí.

—¿Y esa voz, madre?...—No acabes, esa es la voz del cañon.
—¿Qué anuncia, di, si lo sabes?
—El festin de algunas aves y el luto de un corazón.

—¡Siento en el alma una pena al oír como retumba!...
—¡Ay! ¿qué alma ha de estar serena si, cada vez que resuena, se abre en el suelo una tumba?

LUIS A. MESTRE.

Santiago—1874.

SEMBLANZAS GALAICAS CONTEMPORÁNEAS,

DON JOSÉ FERRER DO COUTO.

Nació en Ferrol el 1.º de mayo de 1820,-- si no estamos equivocados en la fecha, pues escribimos estas líneas lejos de nuestro gabinete, donde tenemos todos los datos importantes relativos á las celebridades galaicas.

Hijo de un oficial de marina, el Sr. Ferrer do Couto hizo sus primeros estudios en esta localidad,

ingresando muy jóven en la carrera de las armas, donde llegó á obtener el grado de gefe del ejército. Aunque hombre de corazón y de valor á toda prueba, el estudio de las bellas letras le impelió á abandonar la milicia para consagrar su luminosa inteligencia á la ilustración general. Escribió como poeta inspiraciones vigorosas, dedicadas al enaltecimiento de las glorias pátrias;—es autor de una historia del ejército nacional y de otra obra marítima referente al combate de Trafalgar;—y como periodista se distinguió en *El Leon Español*, periódico conservador de la corte, y con especialidad en la dirección de *La Crónica de New-York*, defendiendo con virilidad y gran talento los intereses españoles en Cuba.

A consecuencia de esta enérgica actitud, nuestro querido amigo tuvo varios desafíos en América, de los que salió victorioso,—y áun hoy está ocupando la atención pública el resultado caballeroso del que acaba de tener en Bélgica, por la honra de la pátria.

Hé aquí lo que nos dice—respecto á esto—una correspondencia del extranjero;

«Paris 27 de agosto.—Ayer telegrafié el funesto desenlace del duelo que se efectuó entre los señores Ferrer do Couto y Pio Rosado. Hoy daré algunos pormenores.

Los adversarios partieron de Paris el 24, acompañados de sus padrinos, que lo eran: del Sr. Ferrer don Alvaro Valero de Tornos y el comandante de caballería Rubio-Guillen; del Sr. Rosado don F. J. Cisneros y don J. Govantes. Al llegar á la frontera belga fueron descubiertos por los gendarmes y tuvieron que andar á salto de mata para hallar un sitio retirado donde efectuar el combate.

Hallado éste, se colocaron los adversarios á 30 pasos con sus pistolas cargadas. Cada cual tenía derecho de avanzar siete pasos y medio, de modo que la distancia entre ámbos contendientes quedase reducida, en caso extremo, á 15 pasos. Podía romper el fuego el que gustase; pero entre el primer tiro y la contestación del adversario no debía mediar sino medio minuto. El Sr. Ferrer avanzó apenas se pusieron en línea. A los cinco pasos, el señor Rosado, que no se había movido de su sitio, tiró y le alojó su bala en el costado derecho, debajo de la tetilla. Los padrinos, reloj en mano, contaban los segundos para hacer constar que la descarga del Sr. Ferrer se efectuaba en el plazo convenido; pero éste arrojó su pistola diciendo: «No quiero tirar,» y se dejó caer en los brazos de sus padrinos.

Acudió el Dr. Scaglia, que asistía como médico al encuentro, y visitó al herido, cuyo estado declaró muy grave. Se acercaron los testigos del señor Rosado y este mismo, que es un oficial de las bandas insurrectas de Cuba, y se reconciliaron ámbos abversarios sobre el terreno, dándose la mano en prueba de mútua estimación.

Los contendientes se condujeron, segun se ve, con gran bravura y serenidad; su actitud en el terreno fué leal, y la del Sr. Ferrer generosa y caballeresca.

El herido fué conducido á Rentaix, pueblo vecino á Lila (Lille), donde se le alojó en el hotel

Fonaille. Sus padrinos permanecen á su cabecera, y el embajador de España en ésta, en cuanto tuvo conocimiento del caso, telegrafió á nuestro cónsul en Lila, ordenándole auxiliase al Sr. Ferrer en cuanto necesitase é informarse diariamente á la embajada de su estado.

Así ha terminado esta lamentable cuestion en la que, lo más deplorable, es que el Sr. Ferrer ha sido víctima del tiro, no de su lejítimo adversario el Sr. Vellido de Luna, sino del Sr. Rosado, que substituyó á aquel bajo pretextos discutibles y un tanto especiosos.

Aquí llegaba de mi carta cuando recibo una que me dirige uno de los dos padrinos del señor Ferrer, que con tanta caballerosidad se han conducido, prestándose á asistirle, á pesar de no conocerle personalmente, y de que dada la jurisprudencia francesa, corrian riesgo de sufrir seis meses de prision.

De esta carta extracto el pasaje siguiente, realmente conmovedor:

«Qué desgracia la suya y qué pena la nuestra! Ferrer es el caballero más cumplido que hemos conocido. Su serenidad está á la altura de su religion y de su honor. Al caer herido y al abrazarnos en este solemne instante rogándonos que por él no nos comprometiésemos, le juramos eterna amistad. El duelo se ha verificado con reciproca lealtad y valor. Ferrer restañó su sangre con la bandera española que le acompaña á todas partes. Tanto el Sr. Guillén, antiguo edecan del conde Girgenti, como yo, tuvimos que cumplir con el deber que nos impone su confianza en nosotros y su conducta acrisolada.

El doctor Scaglia admirable de adhesion. La bala está alojada cerca del hígado, en el bajo del pecho. Imposible su extraccion.

Esta desgracia me ha impresionado mucho. Anunciamos al Gobierno de Madrid, por voluntad expresa del herido el resultado, del duelo.»

Segun las noticias de hoy y aunque el herido sigue muy grave con la bala cerca del hígado, hay esperanzas de salvarle. Todós los españoles harán votos por el restablecimiento de este bravo campeón de nuestra causa en América.»

Posteriormente.—los periódicos franceses recibidos el 31 de agosto en Madrid, —publican el acta levantada por los padrinos de los señores Ferrer de Couto y Rosado,—y afirman que nuestro distinguido hijo del Ferrol se halla ya fuera de peligro.

El Sr. Ferrer de Couto es cuñado del mariscal de campo D. José Montero y Gabuti, hoy comandante general de Cuenca,—otro de los ferrolanos que como los señores Savedra Meneses, Saralegui y Fernan Nuñez, Suances, Peña y Cagigao, Montero y Aróstegui, etc., constituian la juventud ilustrada del Ferrol en la época de la anterior guerra civil, entre liberales y clericales, y fueron y son páginas de honor para la historia moderna de Galicia

Si la *Revista Galaica* llega hasta el lecho del dolor de nuestro querido compatriota,—tan entusiasta siempre por nuestros trabajos literarios,—vea en esta pobre página escrita á vuela pluma, no

sólo la expresión de nuestro cariño y gratitud, sino la expresión cariñosa del Ferrol y de Galicia, que se envanece de contarle en el número de sus hijos más dignísimos.

B. VICETTO.

Jubia 6 de setiembre de 1874

—o—
EPIGRAMA.

Fué á consultar á un letrado
la desventurada Irene,
sobre un pleito que sostiene
con su suegra y su cuñado.

El legista vió la cosa
diciendo muy satisfecho:
—A usted le cabe el derecho
á la expropiacion forzosa

Y ella, con su buena fé,
le contestó en tono grave:
—Por lo mismo que me cabe,
he venido á ver a usted.

LUIS TABOADA.

1874.

—o—
GALICIA ZOOLOGICA.

EL LOBO NEGRO.

(Continuacion.)

Depende de un virus particular que se desarrolla, al parecer, espontáneamente en ciertos animales, por efecto de la privacion de alimento y bebida, de sus malas condiciones, ó de los grandes calores y extremados frios. (1) Eminentemente contagiosa, se trasmite por la mordedura de animales que la padecen: Algunos autores son de opinion que se puede desarrollar espontáneamente en el hombre

(1) Segun lo que de sí arroja la estadística de los perros rabiosos, publicada en las *Memoires de la Société royale de Paris*, se prueba que, esta enfermedad no es el más frecuente en verano que en las demás estaciones de año, siendo por el contrario más comun en los meses de febrero, mayo, setiembre y octubre. En los países cálidos, el número de perros rabiosos es poco considerable, no siendo conocida esta desoladora enfermedad en los climas abrasadores. Volney, dice que jamás oyó hablar de ella durante su permanencia en Egipto; Larrey y Brown aseguran que nunca se ha visto en la Siria; Burrow, dice, que es enteramente desconocida en la América meridional en las islas Azores, entre los cafres y en el cabo de Buena-Esperanza.

Tampoco los frios por muy intensos que sean, la determinan como lo prueba no existir en Groelandia. Rosette, Sonnini y Redi probaron con hechos, y éste, experimentalmente en Florencia, demostró que, ni la sed ni el hambre son suficientes para declararse la rabia. Los experimentos de Magendie prueban que las malas condiciones de los alimentos tampoco influyen.

Dedúcese en vista de los hechos y experimentos, y las escuelas francesas de veterinaria así lo admiten, que la rabia puede desarrollarse espontáneamente, pero se atribuye como la causa principal la privacion absoluta y prolongada por mucho tiempo de la reunion de los sexos.

aun cuando haya sido mordido por un animal que no la padecía, ó por la influencia de causas desconocidas. El tiempo de aparicion de los síntomas no puede fijarse, variando mucho en los diversos individuos, promoviéndolos á veces el recuerdo de haber sido mordido, un golpe, una caída, una emocion fuerte, y otra multitud de causas.

Pasaremos en silencio la enumeracion de los síntomas y periodos que recorren la enfermedad, porque en estas angustiosas circunstancias se recurre á la ciencia de los médicos, únicos que pueden dirigir con acierto el tratamiento, y saber distinguir la verdadera rabia del *tétano*, *histerismo* etc. Su pronóstico desgraciadamente es tan funesto, que no se tiene ni un solo caso de curacion.

Los medios que la ciencia aconseja, consisten; en desbrudar inmediatamente las heridas, lavarlas con agua clorurada, una disolucion de sal comun, vinagre ó cuando no hay otra cosa con orines, porque no debe perderse ni un instante. Para que las heridas fluyan, se aplican ventosas con objeto de atraer el virus; despues se lava y seca perfectamente la parte, aplicando la manteca de antimonio, los ácidos, ó el hierro candente, que es lo más seguro cuando el sitio mordido permite su empleo, cauterizando profundamente; pero si los medios indicados no pueden ponerse en práctica, se hará la amputacion, cuando el órgano mordido se presta á ello.

Además influye poderosamente en la curacion, la parte *diatélica* y moral; tranquilizar al enfermo, hacerle comprender la insignificancia del mal, probarle que no es tal rabia, y cuanto esté al alcance de un médico sábio y prudente para consolar al enfermo, debe ponerse en juego en tan angustiosas circunstancias. La dieta vegetal, los sudoríficos, baños simples, mercuriales en crecidas dosis cuando se declaró abiertamente la enfermedad, los narcóticos, baños de sorpresa, sulfato de quinina, emisiones sanguíneas y otra infinidad de medios propuestos, pueden emplearse.

M. Marchetti, recomienda para ántes de desenvolverse la rabia, el cocimiento de esparto (dos cuartillos al dia por espacio de dos meses) y al mismo tiempo los polvos de esta planta, aconsejando sobre todo la cauterizacion de unas *pústulos*, que se presentan debajo de la lengua, tan pronto como se las vea aparecer.

Se ha recomendado mucho el medio propuesto por el célebre botánico español Cavanilles (1) basado en el empleo de las plantas conocidas en España, por los nombres de *aliso espinoso*, *cardo corredor*, *vivorera comun* y *yerba gatera con hojas de marzo*: «deben cogerse las cuatro plantas indicadas cuando, bien florecidas, empiezan á granar, lo que sucede en julio respecto del eringio y *vivorera* y en agosto para las demás. Del eringio ó *cardo corredor* se toman con preferencia las raíces y tambien el resto de la planta, y de las otras tres todo, excepto la raíz.

VICTOR LOPEZ SEOANE.

(Se continuará.)

(1) Anales de ciencias naturales, número 5, página 185.

OSERAS
OREJAS-Y CANAS.

Vieron que en torno de mis tristes ojos un círculo violado aparecía.
y leyeron en él — ¡nécios antojos! —
las noches de la orgía.

Vieron despues mi negra cabellera trocarse en hebras de argentina albura,
y leyeron tambien — ¡nueva quimera! —
los días de locura.

No sabrian tal vez que el alma brota raudal de hiel que las mejillas baña,
y el llanto del dolor, gota tras gota,
unos ojos empañal...

No sabrian tal vez que el fuego urente de amor de cielo las entrañas mina,
y al subir su calor hasta la frente
los cabellos calcinal...

Asi la humana lógica interpreta
huellas del ánsia y desventura humanas!
¡Salud, honradas prendas del poeta,
mis orejas y canas!

1874.

TEODORO VESTEIRO TORRES.

RECUERDOS DE UN VIAJE POR GALICIA

Desde Compostela á Guntin de Pallares.

II.

La capilla gótica de Mellid. — El campo circular. — Las aguas del Furelos, Liboreiro y Pambre. — El castro y el castiello de Palas de Rey. — La boda. La taberna de Lamela.

Muchas veces se oye decir que en invierno la naturaleza está muerta, pero yo no sé que esta expresion me haya herido nunca con fuerza. Al oirla ó no estamos convencidos de su exactitud, ó no nos acordamos del horror que inspira la presencia de un cadáver. Sobre este terreno fué en don mejor conocí que el mundo en la estacion de los hielos es realmente un cadáver, denegrido, mudo, sin resuello y sin accion, que ha perdido el brillante color de sus flores, la transparencia de sus aguas, el susurro de sus follajes, el canto de sus aves, el fresco y embalsamado aliento de sus brisas; todo, ménos su forma, — restos frios é inanimados que el mismo sol, entristecido, alumbraba con pálida luz.

Contemplar á la naturaleza en semejante estado es ciertamente afflictivo, pero en donde más se siente entonces esta affliction es al cruzar un país yermo, y pueblos como Furelos, Liboreiro que está más arriba al lado de un arroyo, y otros mil que se les parecen. Por más que las aguas de un rio les ofrezcan la abundancia, y por más que bajo sus rústicos techos haya virtudes y acaso riquezas, nunca puede formarse de ellos un concepto ventajoso, ni la memoria complacerse en recordarlos, ó si se recuerdan alguna vez es para lamentarse de su muerte, para llorar tan buenas situaciones olvidadas y tantas aguas perdidas. Ya hemos visto el rio Furelos y el arroyo de Liboreiro llenos de vida y de fuerzas mal aprovechadas; aqui está tambien inutilmente el silencioso Pambre que se desliza con suavidad hácia el Ulla por debajo del puente Campaña, ó más bien que duerme en ese lecho de arena abierto para él á la falda de la alta montaña del Carrion.

Desconsoladoras reflexiones nacian en mi mente á cada paso que daba por este descuidado territorio, y como entonces iba á pié y solo, porque el maragato se habia quedado atrás con la recua, discurría libremente de unas en otras. De las ideas de pobreza y abandono nacidas del aspecto del terreno, no habia más que un escalon para entrar en el vasto cementerio en que hoy gime la España abatida; suble involuntariamente y aparecieron delante de mi, héroes sin cuento sacrificados por la ambicion, madres á quienes la hoz de la guerra dejó sin hijos y esposas sin maridos, y virgenes sin amantes y sin apoyo en el mundo: vi simas colmadas de víctimas infelices de los diversos partidos pero todas españoles, artesanos españoles con esposas en las manos y tendidos sobre sus ingénios é instrumentos destrozados, fabricantes españoles exánimes bajo la coyunda extranjera, artistas españoles devorados por el hambre y por el desprecio, y allá á lo último numerosas ruinas de los templos y de los palacios, y el ciprés de los muertos ó el cardo de los eriales en el mismo jardín en que ondeó entre flores la palma de las victorias y el laurel de las coronas.

Embebido en estos vergonzosos recuerdos de nuestra historia contemporánea y en el centro del mismo país que acababa de ser guarida de Ramos, Fr. Saturnino, Remesar y sus temibles compañeros, oí el distante rumor de voces humanas, y como no estaba acostumbrado á ver por estos caminos más transeúntes que nosotros, temí hubiese resucitado los facciosos, mas ya se habian transformado en labradores, y así hallé solo una cuadrilla de ellos que dejaban sus labores rurales para venir á componer el camino. Estaban sentados al sol detrás de un muro, y al verme, creyéndome quizá con facultades para echarles en cara su holgazanería, se separaron con presteza y con sus largos y estrechos azadones principiaron á remover de un lado para el otro las piedras que habia levantado los turbiotes del invierno. Saludelos y continué andando. Un poco despues, advirtiéndome que me habia adelantado mucho, me senté en un repecho perfumado por numerosas matas de *anthoxanthum odoratum*, esa hermosa gramínea que tantas veces cuando niño alzé del suelo en nuestros templos, en donde servia de alfombra en las funciones, mezclada con el hinojo y la menta silvestre. ¡Qué delicioso era su fresco aroma unido al del incienso! ¡Cómo así tenían olor de cielo las casas que llaman de Dios!

Junto al repecho crecian algunos castaños sobre despojos de gneis y granito; á un cuarto de legua á mi izquierda un elevado *castro* era atalaya del terreno, y no lejos de él yacia un decrepito castillo, abandonado en aquella soledad por los infanzones que recibieran en su recinto pleitohomenaje. Sin duda tuvieron miedo en sus salones á los espectros de las víctimas enterradas vivas en los *in pace*, y huyeron á Palas de Rey, pueblezuelo poco distante que tiene un alpendre para feria, y está esparcido á los lados de un arroyo, que en lo más alto nace de una copiosa fuente, y baja rodando sobre cantos de granito, de cuarzo y algun otro de estañaxido.

En este pueblo, desde el cual se otea un bello distrito, más abundante sin embargo en retamares

que encerales y arbolado, se celebraba en aquel dia una boda, y la publicaban solemnemente algunos mozos con repetidos escopetazos. Toda la gente del pueblo corria en pos de los novios, y tambien de los inmediatos, convocada á la fiesta por el estruendo de los tiros. Esta usanza, copia ó modelo de las costumbres de la baja Normandia, es seguramente en estos lugares, rodeados de tantos ecos, el modo más expedito para noticiar la union de dos corazones, si, la union de dos corazones, pues no es creible que las ideas de un pueblo sencillo, perdido en la montaña, toleren que el matrimonio sea, como suele en las poblaciones más cultas, una expeculacion bien calculada ó un sacrificio hecho á sentimientos profanos.

De buena gana tomaríamos parte en la alegría general, pero tuvimos que contentarnos con volver á menudo la cabeza para gozar de la bulla y regocijo de aquella boda solamente con los ojos. No tardó el terreno en privarnos de esta única satisfaccion, levantándose como un muro entre ellos y nosotros. Pasamos otra sinuosa cuesta tendida entre barrancos y rayada por las aguas, que pocos dias ántes corrieran por las rodadas y al concluiría, descubrimos una casuca de pizarras mal unidas con barro amarillo. Tenia un ramo de laurel seco clavado en un agujero sobre el dintel de su anchuroso portalon, y detras un huertecillo cerrado, en que al pié de unos cuantos frutales, vejetaban altas coles de rizadas hojas. Hacia esa casa se dirigieron, desde mucho ántes de descubrirla enteramente, nuestras cachas y udas caballerías guiadas por el instinto, y las dejamos ir libremente, porque era allí la taberna de Lamela en que debiamos comer. Nos apeamos á la puerta, dispuestos á penetrar en lo más íntimo, y en efecto así lo hicimos, acercándonos al hogar colocado en el confin de aquel oscuro recinto.

Cualquiera que hubiese visto salir el humo por entre las tejas, creeria hallar dentro una cocina abundante, pero completamente chásqueado habria de contentarse, como nosotros, con unas sopas servidas en torneadas *cuncas* de fresno color gris de tórtola, con huevos y torreznos y con buen vino tinto en un jarro de pardo barro vidriado. Comimos tan brevemente que ni los banquillos tuvieron tiempo para calentarse, ni la tabernera y otra amiga para extender y desmenuzar estas máximas salidas de su boca — «*agera non hvy almas, é cristianos poucos*» — «*O millor é comer é beber con todos é alála lingua*... máximas que desde entonces no pude olvidar porque se me representaban como epígrafes para los primeros capítulos de la historia del hombre actual..

J. M. Gil.

(Se concluirá).

AL INSPIRADO POETA

É

HISTORIADOR GALAICO

DON BENITO VIETTO.

Inspirado cantor alza la frente
con noble orgullo al preluar la lira,
resuena tu cantar de gente en gente

que á su eco amante el corazón suspira;
canta, canta la gloria resplandeciente
que España entera entusiasmada admira,
los amores, proezas y pericia,
de los gloriosos hijos de Galicia.

El polvo de sus viejos torreones
guarda avaro dulcísimas historias
de guerreros, de damas é infanzones,
leyendas misteriosas y memorias,
envueltas en mil timbres y blasones
y recuerdos de amor y altivas glorias,
tradiciones sin cuento populares
que immortalizas tú con tus cantares.

Canta, pues, noble vate, canta, canta;
pulsas las cuerdas de la lira de oro
hasta los cielos tu cantar levanta,
y escuche el mundo su raudal sonoro;
de la patria las glorias abrillanta,
su historia escribes, inmortal tesoro,
que hará eterna á los siglos su memoria.
¡Gloria á Galicia y á sus hijos gloria!

FÉLIX MORENO ASTRAY.

Toledo—1874.

LA BARONESA DE FRIGE.

XII.

Sobre el abismo.

Había, pues, en mi alma, fisiológicamente hablando, algo de la laxitud de mi cuerpo, algo del aniquilamiento de mi físico por el deleite, algo del deseo sensual satisfecho, ese algo en fin que es la consecuencia de la posesión de la mujer como el vinagre del vino. Es verdad que no había aburrimiento, pero había como cansancio voluptuoso.

¿Duraría mucho este estado de mí ser? ¿Ya no me volvería á inspirar la baronesa la fiebre de deseos que me fatigaran y rindieran la noche ántes, pasada en un insomnio lasivo de amor? Hé aquí en lo que meditaba, siguiendo sus huellas con indiferencia. Si aquel estado de mi enervación ó de mi espíritu era definitivo, me salvaba; porque Piedad ya no me volvería á inspirar la fiebre de deseos, el infierno de deseos libidinosos en que me abismara la noche anterior. Y si, por el contrario, aquel estado en que me hallaba respecto á ella, era transitorio, ¡desdichado de mí! pues otra noche ó dos noches más de excitación sensual como aquella, no las podría resistir mi cuerpo sin aniquilarse. ¿Qué mujer era Piedad para mí, que me hacía sentir lúbricamente lo que ninguna otra?... A esta pregunta que me hacía á mi mismo, parecía responderme lúgubramente un eco lejano, un eco fatídico, un eco pavoroso, el eco de la muerte.

Pronto, entre las pintorescas curvas del camino montuoso que seguíamos, distinguimos la casa del mayorazgo de Queiroso, —bellísimamente situada en la margen derecha del río del Castro y casi en la confluencia de este río y el océano, esto es, en el Seno de Nemiña.

—Allí está Queiroso, Sr. German. ¡—exclamó Piedad con una alegría infantil y un metal de voz candorosísimo que parecía vibrar en los senos de mi alma.

Y avivó más el paso de su caballo, llegando rápidamente al magnífico portalón de la hacienda del señor de Monselán, donde se apeó sin esperar á que yo le tuviese el estribo.

—Tío... tío... —llamó á la vez que daba golpes con el aldabón.

Sólo le contestaron los ladridos de dos ó tres perros de presa, que había alerreoado en el patio.

—Monselán.. Monselán.../ volvió á llamar á la vez que yo llegaba al portalón.

Entonces un criado abrió la puerta, se descubrió y cogió los caballos.

La baronesa, tan pronto como se franqueó el portalón, se precipitó al interior del patio con toda la ligereza que le permitía la falda de su traje, que llevaba recogida de un lado; —pero en vez de dirigirse rectamente á la escalera principal, corrió hacia una puerta contigua, que abrió con resolución, desapareciendo luego á mi vista.

Yo la seguí, —y al atravesar aquella puerta me encontré en un jardín inmenso, situado á lo largo del río del Castro, sobre el cual tenía una balaustrada de hierro sumamente elegante, y que á modo de un balcón sin término se perdía de vista por su extensión de este á oeste.

— Señor German... —me dijo Piedad— este sí que es el jardín de los jardines.

En efecto, —era tal la diversidad de flores que por donde quiera elevaban á los cielos sus corolas perfumadas, que semejaba el todo una extensísima alfombra en que la naturaleza parecía haber desplegado el mayor lujo de aromas y colores, —pero alfombra salpicada además de pequeños kioscos cubiertos de enredaderas, diferentes entre sí por su forma y por el color de las campanillas que los matizaban.

La baronesa, ya entraba en uno ya en otro kiosco, con la vivacidad del pájaro atolondrado en una jaula de cristal, que no comprende el obstáculo que opone á sus alas aquel que no diáfano.

Además de la multitud de flores que constituían el jardín de Queiroso, multitud de aves de encendidas tintas poblaban su atmósfera, cantando con diversos trinos; —aves que tenían sus nidos en una arboleda frondosísima que, al otro lado del jardín, se extendía paralela á la balaustrada de hierro que había sobre el río. En mis viajes por las orillas del Rin, del Sena, del Tiber y del Tajo, jamás viera yo un jardín por el estilo, es decir, más bien situado á las orillas de un río y cerca del mar, y más rico en fuentes, surtidores, grúas caprichosas, aves, flores y cielo. El jardín de Queiroso, podía decirse que era la realidad del Edem ideal de los árabes ó del Paraíso ideal de los cristianos. Tan sólo faltaban las huris y los ángeles, pero había entonces en él una huri que para mí vala por dos millones de ellas, ó un ángel sin alas que se deslizaba entre las flores como una hada voluptuosa.

En el límite oeste de la balaustrada, allá cerca del mar, casi en el punto de confluencia del Castro y el océano, se elevaba una presa formidable. ¿Qué objeto tenía esta presa no habiendo en Queiroso fabricación alguna, ni siquiera molinos harineros? Era, pues, indudable que el represamiento de las aguas del río en aquel punto, no tenía otro objeto que el de formar el inmenso y móvil estanque que se prolongaba por un lado del jardín, constituyendo un lago estrecho pero dilatado. La presa, pues, dividía, cortaba las aguas borrascosas del mar y las aguas satinadas del río, —resbalando, deslizándose éste sobre ella á una media vara de altura ó manga, para precipitarse en seguida por falta de nivel sobre el océano á modo de rugiente y espumosa catarata, desde una elevación de quince á veinte metros.

La vista de aquella cascada artificial imponía des-

de el lado del mar: aquella luciente é inmensa columna de agua, de una fuerza poderosa al desplomarse desde la presa, deslumbraba; su movimiento colosal, parecía cegar á uno. El capricho era magestuoso. El señor de Monselán podía recrearse al mirar su obra magna, pero ¡qué exposición para el desdichado que por cualquiera imprudencia cayera desde la balastrada al río!

Para colmo de mi asombro, se veían dos elegantes falúas en un pequeño muelle que había en el inmenso balcón ó balastrada, — una grande y otra muy pequeña; — y allá, fuera de la presa, en otro muelle de sillería construido al último del jardín y donde este terminaba en el océano, se veían también otras dos barcas elegantes. Era indudable que el opulento mayorazgo que dominaba aquella región, gustaba de pasear en bote por su hacienda de Queiroso, ya mecido por la corriente regulada del río, ya mecido por las corrientes encontradas de la mar en lo que se llama el Seno de Nemiña. En esto, era el señor de Moselan un verdadero lord inglés, de los que pasan la mayor parte del año zambullidos en el agua. Bastaba ver á Queiroso, para comprender el carácter de aquel hacendado galaico, aunque nunca se le hubiera tratado: flores, pájaros y agua: la dulzura inmóvil de la naturaleza y su imponente magestad móvil; la luz y la sombra, la vida y la muerte asidas del brazo.

Yo abarqué todo el cuadro de Queiroso con noble envidia. ¿En qué pensé yo me decía — que no hice una finca así? Enjularme en una mansión semejante, sería el colmo de mi dicha. Perdido en el desierto de mi vida y dado mi carácter impetuoso, una quinta como esta sería un magnífico oasis para mí.

De repente me sacó de estas reflexiones la vista de Piedad. Acababa de meterse en el bote pequeño, de los dos que se hallaban amarrados en el muelle del río, — y me alarmé, temi por su vida, puesto que la menor imprudencia pudiera acarrearle la muerte, sola como estaba.

Rápido como la onda de aire corrió junto á ella.

— ¡Cómo!... — la dije viendo que desatraca — ¡va V. á ir sola!

— Y por qué no, señor German?

— Pues qué ¿sabe V. remar, señora baronesa?

— Ahora no sé si sabré, pero de niña sabía.

— ¿Y no teme V. la corriente, la fuerza de la corriente junto á la presa?

— No me acercaré á ella.

— Pero un descuido, señora!...

— No me descuidaré.

— Es que...

— ¿Qué, señor German?

— Dicen que el hombre pone y Dios dispone.

— No dispondrá mi muerte.

— Por qué, señora baronesa?

— El corazón me lo dice.

— El corazón suele ser mal consejero. Permita V. que yo la acompañe, señora. Yo remaré y V. irá al timón.

— ¡Es verdad, ! — exclamó Piedad con todo el candor de una niña que no recordó una cosa esencial, — me había olvidado del timón! Podía pasear en el bote sin timón, es verdad, remando; pero es mejor que V. reme y yo iré al timón.

Y atracó.

Salté en el bote, armé el timón, cogí los remos y empecé á remar contra corriente, esto es, río arriba.

Como yo iba á proa, remando á remos pares, y ella á popa con los cordones de seda del timón, — ámbos íbamos *tête à tête*.

¿Sabeis lo que es esto en un lote ó en un carruaje, obligados el hombre y la muger casi á mirar-

se siempre con particular fijeza, so pena de mirar violentamente hacia los lados? Entonces comprenderéis mi martirio, mi dulce martirio, despues de la noche que había pasado. Ella me miraba como si tal cosa: pero yo al mirarla, no pudiendo soportar la fuerza de expresión, la fuerza del azul vivo y centellante de sus ojos, cerraba los míos como deslumbrado. El fuego, prendía. La luz de sus pupilas, hiriendo las mías instantáneamente como una chispa eléctrica, incendiaba otra vez mi organismo sensualmente... Yo me sentía perdido... yo era hombre al agua, puesto que sentía renacer los deseos... abrasarme en su atmósfera de pasión.

Pude por fin, haciendo un esfuerzo sobrehumano, evitar todo lo posible mirar para Piedad, llevando la cabeza inclinada hacia la proa del bote, — pero esto era violento, casi imposible.

— Ahora, — dijo despues de unos momentos de silencio, — volvamos hacia la presa, con eso descansará V., señor German.

— Por qué descansaré, señora?

— Porque como vamos á favor de la corriente, es excusado remar.

— En efecto, — murmuré recogiendo los remos.

El bote viró por redondo, — y Piedad imprimiéndole dirección por enmedio del río, cuanto más en el centro de la corriente más nos arrebatava esta en sus potentes alas.

Volávamos. Volávamos sin motor alguno, sin más fuerza impulsiva que la impetuosidad de la corriente.

Pero yo, de pié en la proa, si miraba para la via como buen proel, le volvía á Piedad la espalda, — y esto era grosero. Me senté, pues; — y de frente á la popa, mirándolo todo ménos sus ojos... En esta posición me abandonaba hasta el término de la marcha.

Pero este término hubo de ser causa de nuestra muerte, por lo mismo que yo no podía ver la dirección del bote, en atención á la postura galante que adoptara, — pues de repente, me llené de terror al observar que nos hallábamos bastante cerca de la presa.

— Déle V. al timón — le dije con viveza — déle V. al timón para tomar una orilla y virar por redondo á fin de salvar el peligro de la presa.

— Ya hago cuánto puedo para ello, — contestó Piedad pero el bote no obedece.

Entonces me aterroricé más, y tomé los remos: pero al engancharlos en las horquillas de bronce; como lo hacía apuradamente, los remos parecían saltar de las horquillas. El aturdimiento inutiliza á uno, no le deja hacer cosa con cosa.

Procuré serenarme, — y gracias á todo esto los remos empezaron á trabajar como fuertes palancas, bajo la impulsión de mis acerados brazos.

Pero... la tracción de la corriente era ya tanta por aquel sitio que apenas podía desviar el bote, arrancarlo, sustraerlo á la fuerza poderosa y rápida que mandaba.

Yo sudaba á mares, afanoso de vencer aquel obstáculo que nos llamaba, que nos atraía con una potencia implacable; — y sin embargo, mis esfuerzos eran vanos para evitar el peligro de la presa, porque cuanto más cerca de ella mayor era la tracción del río.

En aquel momento apareció el señor de Monselán sobre la balastrada, avisado por sus criados.

— ¡A la otra orilla! á la otra orilla! — gritaba des-pavorido, — agarrarse á las ramas de aquellos robles!...

(Se continuará).

B. VICETTO.